

Los inicios de la conjunción
CIENTIFICA EN ESTADOS UNIDOS

Los inicios norteamericanos de la conjunción científica

A lo largo de algunas notas anteriores, examinamos la funcionalidad del pragmatismo norteamericano en las condiciones del capitalismo internacional de principios de siglo.¹ Periodo decisivo, el que precede a la Primera Guerra Mundial y se extiende con ella la presencia en los Estados Unidos de la aplicación cada vez mayor de la nueva tecnología administrativa, para conjuntar nacional e internacionalmente los intereses empíricos y plurales de las unidades empresariales particulares en la política exterior ensamblada en torno a un interés relativamente monocrático y militarmente unitario.

Ya unos años antes, William McKinley, presidente, sustentaba en 1897 los grandes dictados empresariales en la convicción de que “las condiciones del comercio internacional pueden ser directamente promovidas por el estudio sistemático y probarse mediante métodos científicos”; al año siguiente, el asalto a las posesiones españolas le hacía proclamar que “la fe de una nación cristiana reconoce la mano del Dios Todopoderoso en el Juicio Divino que hemos pasado. El favor Divino parece manifestarse por dondequiera”.² En todos los casos, la intersección geopolítica de la *empíria* y la teología, se fundamenta en la original y feliz certeza mackinleyana de la coincidencia última entre las *business necessities* y las “aspiraciones patrióticas” del “gran pueblo americano”, entre la razón proteccionista y militar y la razón de los

* Profesor adscrito a la División de Estudios de Posgrado de Relaciones Internacionales de la FCPyS-UNAM.

¹ Ver nuestro “Del pragmatismo y la política exterior norteamericana” en *Revista de Relaciones Internacionales*, No. 47, enero-abril de 1990.

² McKinley, William, Discurso del 2 de junio de 1897, Filadelfia, y Discurso del 12 de octubre de 1898, Omaha, en *Speeches and Addresses of William McKinley. From March 1, 1897, to May 30, 1900*, Doubleday & McClure Co., 1900, pp. 24 y 105.

“nuevos y ventajosos mercados para nuestros productos agrícolas e industriales excedentes”. Al darse las represiones armadas en las islas y el continente asiáticos (las Filipinas y China), la imagen se transfigura empero en la del desliz en los “vicios políticos”, en la del estiramiento de la “expansión racional” —la determinada por “la presión de la población”— por “el militarismo y el imperialismo”. “El industrialismo construye; el militarismo destruye”, compendia spencerianamente William Graham Sumner en 1903.

Si se construye un ferrocarril, la industria y el intercambio trazan la línea sobre la cual debe correr; la estrategia militar, sin embargo, la doblga y exige que corra de otra manera. Entonces, la totalidad de los intereses de la industria y el intercambio han de someterse a dilación y detrimento constantes porque la línea no se conforma a ellos.³

Si a la lente del liberalismo darwiniano la conjunción de la guerra y el mercado es precaria y lesiva al segundo, a la del realismo darwiniano no refleja sino el entreveramiento permanente, sustancial, del progreso y el conflicto. “Dondequiera que sea”, asienta Alfred Thayer Mahan desde 1890, “toda nación forma orden de batalla contra otra nación; la nuestra no menos que las demás. ¿Qué es nuestro sistema proteccionista si no una guerra organizada?” Los apremios del imperialismo le urgían entonces a saltarse el primer término del trinomio *producción-intercambio-colonias* hacia los otros dos para maximizar el comercio exterior y minimizar las interferencias políticas en los mercados extranjeros. Por una parte, se pronunciaba allí por finalizar “nuestro aislamiento autoimpuesto en cuestión de mercados”; por la otra, pedía “hacer valer en El Caribe y América Central un peso de influencia proporcional a la extensión de los intereses (norteamericanos)”. La *pragma* del librecambismo y el proteccionismo, del monroísmo y la Puerta Abierta, universaliza así a la *estrategia* —“el tenor general del estudio será, por lo tanto, estratégico”— y la extiende, “mientras este mundo continúe siendo un mundo de lucha y vicisitud”, a lo largo del *continuum* que va de la mercadotecnia a la geopolítica. Ello explica que el proteccionismo se dibuje “poderoso a la defensiva, débil a la ofensiva”, que el acceso y control de los nuevos mercados del mundo se encomiende a “una vigorosa competencia a la cual no tiende el hábito de confiar en la protección por decreto”. O que, a la misma óptica estratégica, el dejarlo todo al poderío militar evoque al *marktrealpolitiker* Mahan “aquel famoso Sistema Continental, al que el nuestro es análogo, para cuya defensa Napoleón añadía una legión tras otra y una empresa tras otra hasta que el tejido del mismo Imperio se despedazó estrepitosamente bajo el peso”.⁴

³ Sumner, William Graham, “War” (escrito en 1903), en *The Conquest of the United States by Spain and Other Essays*, p. 224.

⁴ Mahan, Captain A. T., D.C.L., LL.D., “The United States Looking Outward” (publ. en diciembre de 1890), en *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*, pp. 4, 5, 13, 18 y 19.

Al desplazarse luego entre los puntos del *continuum* estratégico, Mahan conecta la mercabilidad radical con los grandes postulados jominiano-clausewitzianos. Resuelto el primer término del trinomio, “el abastecimiento de mercados para la producción de un número en continuo incremento de habitantes” se eleva en 1902 al “problema político principal de nuestros días, problema cuya solución se busca mediante métodos comerciales y métodos políticos tan esencialmente combativos, tan ofensivos y defensivos en carácter, que la acción militar directa sería solamente un desarrollo de ellos, una consecuencia directa”. *La guerra como la continuación del comercio, por otros medios*: “sin representar una ruptura de continuidad en el espíritu, representaría no obstante una ruptura en su forma”. “He aquí”, iniciaba Mahan en esas páginas su argumento, “que la más alta autoridad militar ha dicho que ‘la guerra es una cuestión de posiciones’, definición que necesariamente no sólo incluye seleccionar las posiciones a tomarse, con los razonamientos o las necesidades que dicta la opción, sino también la asignación de la fuerza proporcionada a los diversos puntos ocupados”. El cálculo de la distribución militar impone entonces, “por implicación necesaria”, el cálculo político y comercial en tanto “cada uno es un factor esencial en la vida nacional”. “Lógicamente separables, las necesidades políticas, comerciales y militares están en la práctica tan entrelazadas que su interacción mutua constituye *un solo problema*”.⁵

“Tal vez haya en la historia militar”, reafirma Mahan a unos meses el primado de la estrategia, “una precisión más pronunciada del plan humano, una finalidad decisoria más claramente propuesta y, al mismo tiempo, una intensidad en la acción que, juntas todas, tienden a vigorizar el plan general y a enfatizar la unidad del asunto particular”. Preceptor de la élite neohamiltoniana noratlántica, de los Roosevelts, los Lodges, los Adams, Mahan comparte los desasosiegos de la imbricación en aumento de “los intereses de las naciones” y la formación de “un sistema articulado no sólo de dimensiones y actividades prodigiosas sino de una susceptibilidad excesiva, sin paralelo en las épocas anteriores”. Las cosas no se limitan a la dialéctica del comercio que “disuade por un lado de la guerra y, por el otro, engendra el conflicto y fomenta las ambiciones y las luchas que llevan a la colisión armada”. “Los nervios nacionales están exasperados por la delicadeza de las situaciones financieras...”, apunta un Mahan azorado de la nueva complejidad del capitalismo. Aunque por allí enuncie que “la guerra ha dejado de ser la condición natural, e incluso la normal, de las naciones” o admita lo accesorio de “las consideraciones militares” en relación a “los otros grandes intereses, los económicos y los comerciales”, su sentido del Estado se rebela ante “el predominio de una concepción puramente económica de la grandeza nacional”. La economicidad desnuda de los *intereses* habrá entonces de contextualizarse en el *national self-*

⁵ Mahan, Captain A. T., D.C.L., LL. D., “Considerations Governing the Disposition of Navies” (publ. en julio de 1902), en *Retrospect and Prospect*, pp. 146 y 139 y 140.

interest. “El interés propio”, asentaba Mahan desde 1900, “no es sólo una causa legítima sino una causa fundamental de la política nacional, causa que no requiere del manto de la hipocresía. Como principio, el interés nacional no necesita justificarse por un planteamiento general, si bien la propiedad de su aplicación a un caso particular puede reclamar su demostración”.⁶

Sin violentar *the natural course of things*, el interés económico se ubica ahora en coordenadas cósmico-caracteriológicas, transatomísticas, posliberales. Bajo el *interés nacional* no se reconoce únicamente que “la empresa comercial jamás está tan segura y tan libre de trabas como lo está bajo su propia bandera”; en torno a él se monta un dispositivo metapolítico superpuesto tanto a la veleidad de los “estadistas individuales” como a la rigidez de la normatividad logicista, ética o jurídica. “Aunque las naciones en ascenso sean con frecuencia inconstantes”, escribe Mahan a mediados de 1902, “el carácter nacional permanece. De igual manera, aunque ocasionalmente fluctúe o incluso vacile, la política nacional es realmente constante. Pero para ser así debe conformarse a la naturaleza de las cosas, examinando, no resistiéndose, a su curso”. Lo cual, no supone el recurso al sufragio o a número político alguno: supone acudir al nacionalismo disciplinado, racional, exaltador de la unidad como “la esencia del vigor nacional”. No desde luego, dirá después, una unidad a la rusa o a la alemana, subordinadoras del individuo al Estado, políticamente débiles “a causa de la inevitable interposición administrativa de una burocracia irresponsable entre los dirigentes y los dirigidos”. Ante la unidad nacional estatalmente inducida, pondérese cautamente el “progreso real” que entonces experimentan “las fuerzas morales acumuladas bajo el nombre de ‘opinión pública’”. Mientras tanto, y aunque las cosas del interés nacional se presten todavía a los relativismos, se debe dejar claro que “ahora resulta tan cierto como siempre que es en vano esperar que los gobiernos actúen continuamente sobre cualquier otra base que no sea la del interés nacional. No tienen el derecho de hacerlo porque son representantes (*agents*) y no mandantes (*principals*)”.⁷

Si el interés nacional permite el monismo estratégico, su diseño en Mahan no autonomiza las instancias unitarias estatales de las empresariales. De aquí que el razonamiento en círculo reconduzca a la esfera privada, a la visión fideicomisaria del interés nacional y su subsunción final en la universalidad de las formas corporativas. “Los gobiernos son corporaciones, y las corporaciones no tienen almas”, reitera y precisa Mahan en 1910. “Los gobiernos, además, son *trustees*, no mandantes y, como tales, han de anteponer a todo los intereses

⁶ Cfr., de Mahan, Alfred Thayer, “Subordination in Historical Treatment”, p. 61, “Considerations Governing the Disposition of Navies”, pp. 143 a 145, “The Persian Gulf and International Relations”, p. 246, y *The Problem of Asia*, p. 97.

⁷ Cfr., de Mahan, A. T., D.C.L., LL. D., “The Persian Gulf and International Relations”, pp. 215 y 216, *The Interest of America in International Conditions*, p. 33, y *The Problem of Asia*, p. 187.

legítimos de sus poderdantes, de su propia gente". Lejos de lo popular, la *people mahaniana* entreteje en lo empresarial y lo nacional las dimensiones óptimas del Estado bajo las nuevas condiciones financieras, los imperativos del federalismo a la norteamericana, italiana, alemana o británica y los de la dinámica de la competencia, la concertación y la guerra. A la altura de 1910, el símil empresarial-corporativo orienta el diagnóstico de Mahan sobre la precariedad del viejo equilibrio europeo del poder y su incierta transformación en un "concierto europeo" que, al *remplazar* y *no suplementar* el sistema de equilibrio, incrementa la tensión internacional.

Sería interesante notar que el equilibrio del poder es análogo a la competencia en la vida industrial y comercial, en tanto que el concierto de Europa tiene mucho en común con la operación de un *trust*. A pesar de que no haya logrado absorber a todas en una sola, lo que caracteriza al *trust*, concentra la adjudicación política de Europa en las manos de una combinación ante la cual han de doblegarse las compañías —quiere decir, las potencias— más débiles.⁸

Evidenciada la obligación de que los Estados Unidos reconozcan "que la política europea afecta directa e inevitablemente los intereses americanos" (Mahan), evidénciese que "las instituciones han desarrollado mil inconsistencias" (Lippmann). Los desfases de la política y la economía, lo estatal y lo corporativo, lo monista y lo pluralista, lo nacional y lo transnacional desdícen las certezas unitarias delineadas desde Jean Bodin. Robert Lansing, yerno del antiguo Secretario de Estado John Watson Foster, tío del futuro Secretario de Estado John Foster Dulles, él mismo apenas a dos años de la titularidad del Departamento de Estado, se asombra en 1913 del "carácter artificial de las teorías" y "los métodos de tratamiento" de los publicistas en torno a "la naturaleza y esfera de la soberanía". "Aparentemente", dirá Lansing del ficcionalismo legalista, "el procedimiento intelectual adoptado en numerosos casos por el promotor de una teoría consiste en formular primero la teoría y en buscar luego los hechos históricos que apoyen sus ideas preconcebidas, omitiendo indebidamente los hechos que se le oponen o moldeándolos para que se ajusten a su visión". "Vivimos", reacciona Lansing a ello, "en una época utilitaria, en la que lo efectivo y lo práctico dominan el pensamiento humano. Hoy, los hombres quieren una teoría que funcione, que resista la prueba al aplicársele a los hechos, que no esté agujerada por las excepciones". Bajo esa divisa, pide eliminar "la lógica extremadamente sutil y el argumento refinado, esos residuos de filosofía medieval que todavía persisten e impregnan el pensamiento moderno de dogma e irrealidad". "Debemos ver en la recepción

⁸ Mahan, A. T., D.C.L., LL.D., *The Interest of America in International Conditions*, pp. 42 y 94.

popular del pragmatismo”, sentencia, “el espíritu de los tiempos, y tratar con las cosas como ellas son y no como podrían ser”.⁹

Recuperar “el curso normal del pensamiento” se sustenta en la proposición lansingiana de que “el concepto de una energía política o una institución política debe basarse primariamente en atributos encontrados en la naturaleza más que en los encontrados en la teoría”. Un naturalismo así patentiza la política de presión: “es evidente que el *locus* de la soberanía en un Estado sólo puede ser verdaderamente determinado por el ejercicio del poder físico entre individuos o facciones en oposición, esto es, mediante la competencia de fuerza contra fuerza”. La soberanía se fluidiza entonces operativamente, vitalistamente. “La soberanía es la fuerza energetizante detrás de la ley. En ningún sentido constituye una criatura de la ley ni un concepto legal en tanto existía antes de la ley”. “No hay en esta teoría”, concluye Lansing, “ningún misterio del Creador y la Criatura unidos en el mismo concepto, ni ninguna cadena infinita de causa y efecto, ni ninguna contradicción aparente ni ninguna paradoja a explicarse. A mí me parece una teoría operativa práctica”.¹⁰ Menos naturalista, el Lippmann que en esos años desafía “el fetichismo de la consistencia lógica” y busca adaptarse a “las corrientes dinámicas” de la sociedad coincide con Lansing al ver en la soberanía el escollo a la nueva inteligencia diplomática.

Ser tentativos, experimentales, flexibles, ser humanos y sensibles en sus tratos no resulta compatible con la plena soberanía. A los diplomáticos, les acosa el fantasma de un rey que retenía su poder por la gracia divina y tendía a considerar sus opiniones como infalibles. Esos hábitos mentales más viejos sobreviven en las relaciones entre los gobiernos mucho tiempo después de que han desaparecido en las relaciones entre los hombres.¹¹

“La distancia entre lo que conocemos y lo que necesitamos conocer aparece mayor que nunca antes”, planteaba Lippmann en 1913 al consignar la quiebra de un pensamiento político remontable a Platón y Aristóteles y sus “diez mil aldeanos homogéneos”. Bajo condiciones multiplicadas y complicadas al infinito, los Estados Unidos quedan, lo quieran o no, “enmarañados en los problemas mundiales, y todos los vientos del cielo soplan a lo largo de nuestra tierra”. “Una de las curiosas ironías de la historia”, constatará Lippmann al año siguiente,

⁹ Lansing, Robert, “A Definition of Sovereignty”, reproducido de *The Proceedings of The American Political Science Association, 1913-1914*, en Lansing, Robert, *Notes on Sovereignty. From the Standpoint of the State and of the World*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, D.C., 1921, pp. 78 y 79.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 79, 85 y 93.

¹¹ Lippmann, Walter, *The Stakes of Diplomacy*, p. 48.

consiste en que, tras varias generaciones de esfuerzo por establecer el gobierno popular en algunos países, *los intereses reales del mundo han excedido las fronteras y eludido la democracia*. Apenas estamos cerca de establecer un Estado democrático y nos encontramos con que *el capitalismo se ha vuelto internacional*. Pareciera como si siempre estuviéramos demasiado tarde para los hechos. Ahora nos ocupamos de instalarle al mundo unos cuantos de los primitivos mecanismos de los asuntos internos.

Con todo, el mismísimo proceso de internacionalización de capital arroja vislumbres para que “la moralidad internacional se asemeje a la moralidad privada”, para que, al fusionársele, el comercio corrija y gradúe el nacionalismo, evite su perversión, aliente desnacionalizaciones y recele sobrenacionalizaciones. Por ejemplo, inquiere Lippmann en 1915 al autor Sir Alfred Zimmern sobre la química económica del nacionalismo,

me hubiera gustado que se aclarara más hasta dónde el cultivo del nacionalismo deja de ser redituable. ¿Vale la pena recuperar toda lengua pequeña? ¿Debemos promover los renacimientos galeses en Irlanda o los reavivamientos dialectales a lo largo de toda la India, etc.? ¿Debemos abrigar simpatía sólo por los agrupamientos mayores y más simples?¹²

A pesar de ello y de la ulterior visión de los nacionalismos como “territorios que la ciencia tiene todavía que conquistar”, Lippmann no magnifica la empresarialización y privatización de las relaciones internacionales. Testigo todavía lejano de la Primera Guerra Mundial, miembro de la élite intelectual y nacionalista nucleada alrededor de *The New Republic*, su conciencia de la trasnacionalización de la economía norteamericana jamás presupone contrapartidas repletorias. Su intelectualismo le dicta en 1914, replantear el valor de las ideas ante la fe de los *business men* de que “el mejor de los mundos puede crearse a través del mero conflicto de los egotismos económicos”; su nacionalismo le dicta en 1915, lo grandemente erróneo que resultaría “el sobrestimar tanto el entremezclamiento de las personas como la erosión de las fronteras. El proceso es hoy demasiado joven y no ha calado muy hondo”. A finales del otoño de ese año, la “quijotesca travesía de la paz” que emprenden Henry Ford y su corte empresarial-pacifista por los países europeos le parecerá una proyección prematura y discordante de “la tradición de los *self-made men*” y de “los prejuicios americanos acerca de la riqueza y el éxito”. “Mr. Ford”, asentará Lippmann,

¹² Cfr., de Lippmann, Walter, *A Preface to Politics*, p. 82, *Drift and Mastery*, p. 97, cursivas mías, y Carta a Sir Alfred Zimmern del 7 de junio de 1915, en *Public Philosopher*, p. 27.

refleja nuestra conmovedora creencia de que el mundo es como nosotros. Su actitud hacia los ‘muchachos de las trincheras’ es de la misma naturaleza que su actitud hacia los muchachos de la planta Ford, amable, paternal y segura de que Mr. Ford sabe lo que es mejor. Su inquieta energía y su éxito aparecen como una divertida intromisión. Él les concede buenos salarios a sus muchachos y los vincula a una buena conducta moral. Está preparado para hacerlo también por los muchachos en Flandes y en torno a Monastir. ¿Por qué el éxito en Detroit no ha de asegurarle el éxito en el frente de Bagdad.¹³

Más allá de la inhabilidad de Henry Ford para recordar que “no todos los hombres están hechos a su propia imagen” o de la abstracta y absoluta bondad moral que los norteamericanos oponen a “este perverso mundo”, Lippmann acude a las afinidades con Theodore Roosevelt y Herbert Croly y puebla bellamente sus páginas de 1915, con la dialéctica de la mercabilidad y “el fiero poder del sentimiento nacional” que se nutre en “las raíces más profundas de nuestro ser”. Porque define *esencialmente* a ese ser “contra el trasfondo del mundo”, sin el “rico tesoro de significados silenciosos” de la nacionalidad “la vida sería un negocio seco, descarnado”. “Cuando es más intensa, la nacionalidad transforma a un grupo de gentes en una superpersona”, afirma Lippmann. “El grupo vive; el individuo se pierde en su gloria mayor. Esta unión con las fuentes de las que uno nace es el factor más poderoso de toda la política”. El misticismo lippmanniano barre allí el “análisis satírico” de un Thorstein Veblen que advierte cómo la pecuniarización de la vida norteamericana hace del patriotismo un *ideal in a vacuum*: si Veblen hubiese ido a su entraña, “no habría encontrado, como asume, que el patriotismo sea una pasión desinteresada que puede contrastarse agudamente con los motivos comerciales. No existen compartimentos estancos del espíritu humano etiquetados respectivamente como el interés ‘económico’ y el interés ‘patriótico’”. En trazos fulgurantes, Lippmann ilustra en la continuidad universal “de los deseos de la infancia a los deseos de la madurez” el entreveramiento vital de los intereses y las maneras en las que “las formas de negocios” se insertan “en nuestras emociones”. “Nosotros mismos nos enlazamos en torno a nuestra *money-making* y la transfiguramos. La identificamos con todo lo que es más precioso”: en la ambición, la protección del hogar, los valores o la lealtad “se le integra a nuestra pasión”. “Así, cuando el comercio es atacado, nosotros somos atacados. Lo que era un medio para un fin se ha vuelto parte de nosotros mismos”.¹⁴

“La pasión no es una abstracción”, resume Lippmann. “Es lo que nos hace movernos y actuar y sentir”. Al subsumir aquí la pasión económica, no hay

¹³ Lippmann, Walter, *Drift and Mastery*, p. 48, *The Stakes of Diplomacy*, p. 45, y “A Little Child Shall Lead Them” (4 de diciembre de 1915), en *Early Writings*, p. 21.

¹⁴ Lippmann, Walter, *The Stakes of Diplomacy*, pp. 66 a 76.

contradicción con otros párrafos que apuntan al primado ordenador del comercio sobre el nacionalismo, el manejo de las ambivalencias que deja su confluencia mueve a Lippmann a transferir la relación del patriotismo y la economía a los dominios del acertijo y el enigma. Al transferirla, se cuenta con una singular reserva metapolítica que impide que la sublimación de aquella interacción empírica se disuelva en una suerte de dialéctica espontánea; que impone, por el contrario, remitirse al punto de intersección del nacionalismo y la mercabilidad que ya desde 1909 encuentra Herbert Croly en la corporación. Momento de aproximarse, a través de su paradigmática organizativa, al *coolest thought* de la ciencia y la administración.

La realpolitik de la ciencia

Management, ingeniería e imperialismo: a la altura de 1915, la legitimidad de la corporación y sus extensiones científicas y sociales apenas si se discute. En 1904, en el Senado, Albert Beveridge evidencia a la muerte del magnate y senador Marcus Alonzo Hanna no sólo el entrecruzamiento norteamericano de la empresarialidad y la nacionalidad sino el de entre éstas y la moralidad y la divinidad.

“La calidad humana de Hanna hizo de todo lo que él hizo una cosa viviente, de todo lo que él dijo una palabra viviente. Fue el hombre de negocios en el arte del Estado; además, su personalidad confirió a las proposiciones meramente empresarial-nacionales algo de la calidez y la vitalidad de los principios”. Porque Hanna personifica “nuestra era comercial” deviene a los ojos de Beveridge, “sin saberlo, sin duda, uno de los agentes del gran designio de Dios de la unificación de la especie”; su obra revela que, a semejanza de la de los insectos coralinos, la obra de todos se plasma en “monumentos perdurables de una arquitectura inteligente”.¹⁵ Más allá empero de la mística pos-smithiana y preprogresivista de los grandes barones del capitalismo y su ineluctabilidad benefactora, la sobria retórica taylorista da otro giro al discurso: si Hanna “se adelanta en mucho a los negocios y la opinión pública” de su tiempo o si define mejor “el concepto positivo del interés nacional”, ello para el Herbert Croly de 1912 porque su seriedad, competencia y confiabilidad se sustentan en la *maestría de los asuntos*, documentada ésta en su legendaria batalla congressional por la ruta de Panamá. “Los Estados Unidos”, leemos en Croly,

confrontaban la necesidad de decidir lo que sustancialmente era una gran cuestión de negocios —el negocio más grande, tal vez, de su historia. Si

¹⁵ Beveridge, Albert J., “Marcus A. Hanna —The Business Man in Statesmanship” (Senado de los Estados Unidos, 7 de abril de 1904), en *The Meaning of the Times*, pp. 245 y 246.

bien el negocio era primordialmente de naturaleza técnica, la cuestión debía decidirse de una manera u otra, acudiendo sobre todo a los criterios de negocios.¹⁶

El enorme tablero hanniano de las concesiones y las comisiones, de la ingeniería y el arte naval, de las investigaciones, las negociaciones, las entrevistas o la exclusión de la Gran Bretaña despliega ante Croly la visión del interés nacional que se entreteje en los puntos intermedios del *continuum* que va funcionalmente de la técnica a la política y corre estructuralmente a lo largo de las zonas interclasistas, intersectoriales e interregionales. Previo a ello, lo apunta Croly, Hanna tendía sus puntos mayores de apoyo a través de la universalización de las formas corporativas, y el ejemplo a la mano es el de la empresarialización, con Samuel Gompers, de los sindicatos norteamericanos en los últimos años del siglo XIX. “En tanto las dos formas organizativas derivaban de fuentes análogas, el futuro de ambas dependía en parte de su habilidad para encontrar algunas bases de acomodo y cooperación mutuos que no fuesen incompatibles con el interés público”.¹⁷ Colocado en buena medida al margen de las transacciones reales de la fuerza y el dinero, el proceso informador del interés público y el interés nacional trasciende, sin negarla, la intuición del genio individual e instala y sanciona la *management* de las iniciativas y las presiones que ocurren en las constelaciones cambiantes “de intereses, clases, asociaciones o individuos”. “En un Estado moderno”, resume Croly idealmente en 1914,

con sus complicados y variados intereses económicos, sus numerosas y diversificadas clases, su delicado equilibrio de fuerzas económicas y sociales, su herencia de auténticas tradiciones, conocimientos e ideas y su sensitiva maquinaria para captar y expresar la opinión pública, en un Estado semejante, la voluntad de la mayoría prevaleciente queda rodeada por las voluntades de una cohorte de mayorías posibles.¹⁸

Ya en los umbrales de la luego denominada pos-ideologuía, la nueva ciencia social “operacionalizada”, desmenuzada y críticamente desactivada reduce el impacto público del pensamiento internacionalista de corte macroeconómico y geopolítico. Atado a los órdenes sin matices privatistas de la filosofía de la historia, el capitalismo monopolista o la logística militar, aquel pensamiento circunscribe su auditorio a medida que la relativización de la soberanía abre los boquetes pluralistas, administrativistas y concertacionistas

¹⁶ Croly, Herbert, *Marcus Alonzo Hanna. His Life and Work*, New York, The Macmillan Company, 1912, pp. 380 y ss.

¹⁷ *Ibid.*, p. 409.

¹⁸ Croly, Herbert, *Progressive Democracy*, The Macmillan Company, New York, 1914, pp. 322 y 323.

de la transnacionalización de la economía norteamericana. Nada más gratuito sin embargo que decretar por ello la anacronía de un Mahan al parecer inoperativo en lo micropolítico y mesopolítico. Nutrida del expansionismo darwinista, el sentido estratégico-global del interés nacional, el racismo o el teologismo metapolíticamente vigentes hasta hoy, de los diseños macropolíticos donde la *frontier* al Pacífico aparece como el escenario del Siglo XX de las grandes conflagraciones entre las potencias terrestres —Francia y, sobre todo, Rusia— y las potencias marítimas —“Alemania, Gran Bretaña, Japón y los Estados Unidos”—, la pragmática mahania del pasado y el futuro incide plenamente en la dimensión de lo inmediato y sus oportunidades combinatorias. Aunque obediente al conjunto de premisas mayores de la inmutabilidad de la naturaleza humana, la omnipresencia de la estrategia, la disciplina nacionalista, la incontrovertibilidad de la *righteousness* anglosajona y la certitud de la *long-view* imperialista, el universo de Mahan no es uno sin vasos comunicantes, reducido al mero ejercicio deductivista.

‘Hay un doble proceso’, concreta Mahan su pragmática en 1900, ‘la observación de los hechos y las deducciones racionales de ellos; el de los datos y el de las conclusiones prácticas extraídas que establecen las líneas generales de la determinación nacional’.¹⁹

Allí, en la *generalidad*, la nota distintiva y el carácter obligadamente complementario de la obra de Mahan. Que se le juzgue gruesamente decimonónica porque privilegia las relaciones interestatales no basta para que el suyo sea un modelo de razonamiento macropolítico funcional a la micropolítica y la mesopolítica empresariales. Los cálculos del amigo-enemigo no derivan en él meramente de la consonancia racial o la cuadratura marítimo-estratégica. Incluir al Japón en el juego asiático del poder no sólo envuelve la combinación de “bases y barcos”, de “fuerza pasiva y fuerza activa” o de “infraestructura y superestructura” que le aconsejan como aliado; su condición de *partner* deriva igualmente del sumar y restar factores múltiples como “la posición, los números, la raza, el temperamento, las instituciones políticas y las aptitudes nacionales de toda clase”. Natural e inevitablemente enfrentadas a una Rusia unida mediante la sumisión y una Francia inconstante e inconfiable, las potencias marítimas han de comprometerse a “la cooperación, no formal, pero con todo *claramente consciente*”. Axiomática para las naciones teutónicas, esa cooperación se impone en China y el mercado asiático

en función de la *identidad fundamental del interés*, que constituye el factor material, y en razón de que el impulso que llevan por igual la

¹⁹ Mahan, A. T., D.C.L., LL.D., *The Problem of Asia*, p. 157.

dirección de ese interés y la naturaleza de su poder se anima por un espíritu. Tal espíritu es *el espíritu del comercio, del intercambio esencialmente libre* y deseoso de una influencia que, *aunque pueda y deba ser mantenida por la fuerza naval localmente desplegada*, no puede extenderse ampliamente por ella porque sus condiciones de fuerza limitan estrechamente el desplazamiento terrestre y la hacen por ello más que nada dependiente del apoyo local nativo.²⁰

El “futuro racional” de Asia se salta así de los tratados y las intrigas dinásticas y se asienta en la aceptación —jamás en la sumisión— de las potencias marítimas para “operar conjuntamente”: “no a la letra de la alianza, que encadena, sino en el espíritu de la concertación, que discierne”. Convencido Mahan de que la Razón de Mercado asiste a los Estados Unidos —las demás naciones, dirá, “están en desventaja si la cuestión se deja a causas puramente comerciales: a la superioridad cuantitativa o cualitativa de la producción, por ejemplo, o a la mayor habilidad administrativa, sea en inteligencia o en economía”—, lo fundamental será tender las condiciones propicias a esa Razón y sus mecanismos naturales y científicos. “De esta manera”, apunta Mahan,

las naciones más inmediatamente interesadas en el futuro de Asia —utilizando el nombre en el amplio sentido que cubrirá al continente entero— alcanzarán con mayor seguridad una solución pacífica mediante la valoración racional de las ventajas y desventajas actuales, de los intereses en juego y de las combinaciones posibles en el Oriente, disponiendo entonces sus necesidades, recursos, sus números y posiciones de acuerdo a esos cálculos. De allí resultará un ajuste de poder que responda a los hechos de cada caso y un entendimiento mutuo, tácito más que expreso; resultarán condiciones que serán los opuestos lógicos de la fricción y la tensión que, como lo hacen ya en la misma Europa, conjugarán la guerra y preservarán un saludable equilibrio del control en aquellos remotos escenarios de las aspiraciones en conflicto.²¹

La preminencia asiática —que linda en la exclusividad— de Rusia se traba así en el engranaje del equilibrismo biologicista y el concertacionismo racionalista de las potencias marítimas. Para que entre ellas “la rivalidad no degenera en antagonismos”, sùmese a la “fuerza ciega” de los números o las posiciones “la dirección inteligente que será guiada paso a paso, a medida que una emergencia suceda a otra, por el entendimiento informado de la importancia y el carácter de los elementos del problema y por el pronóstico —la *long view*—

²⁰ *Ibid.*, pp. 104, 105, 112 y 123. Cursivas mías.

²¹ *Ibid.*, pp. 158 y 50 y 51.

de los fines que se deseen”. Si al nivel micropolítico ello exige en 1902 “la disciplina y la plena competencia profesional”, al nivel macropolítico veda “las antipatías inveteradas permanentes contra ciertas naciones”. Para no perturbar la racionalidad de la conducta internacional, desactívese allá “el espíritu interno de facción” y aquí el “efecto perverso” de “las repulsiones o las atracciones extranacionales”. Embrollarse en cualquier causa nacional ajena no es sino extraviar “el interés puramente americano”, introducir interferencias “que son a la eficiencia nacional lo que es a la salud del cuerpo una excrecencia mórbida”. Viciadas las funciones y deteriorada la visión, todo se encausa para Mahan “a través de órdenes internacionales artificiales y en ocasiones complicados que contemplan un *futuro indefinido en vez de un simple procedimiento nacional que, regido por una política nacional general fija, afronte cada nueva situación a medida que se desenvuelve*”. “Este procedimiento”, añade, “puede incurrir a veces en el reproche de inconsistencia por la inevitable necesidad de conformar las medidas particulares a las emergencias imprevistas; con todo, quedaría como *el más verdaderamente consistente al observar inalterablemente unas cuantas condiciones directrices evidentes cuya permanencia puede afirmarse*”.²²

En 1902, la amplia plataforma rooseveltiana de directivas internacionales *evidentes* presupone un montaje unitario. “Donde varias voluntades han de actuar hacia un fin”, asienta Mahan,

la unidad del esfuerzo, la cooperación efectiva, no sólo necesita existir sino ser garantizada por las más fuertes sanciones posibles. Las numerosas voluntades deben devenir una voluntad; las numerosas personas en numerosas regiones deben devenir simplemente los representantes, en el mejor sentido, de la persona única en la cual encuentra origen y energía la acción unificada del todo.

En 1910, en los días de Taft y ante “la subordinación (alemana) del individuo al Estado” o “la sumersión (japonesa) del individuo en la masa”, el planteamiento de 1902 se reformula corporativamente. “Las dos concepciones en contraste”, razona Mahan,

las demandas del individuo y las demandas del Estado, son familiares a todos los estudiosos de la historia. A no dudarlo, ambas deben coexistir dondequiera y han de ser conciliadas. Pero la naturaleza del ajuste, con el claro predominio de la una o de la otra, constituye en realidad una diferencia fundamental para la comunidad particular. En las relaciones

²² Cfr. *Ibid.*, pp. 74 y 75, y “The Persian Gulf and International Relations”, pp. 209, 213 y 214. Cursivas mías.

internacionales, entre los Estados que representan las ideas opuestas, reproduce el contraste entre la simple disciplina de un ejército y las complicadas actividades dispersas, industriales, agrícolas y comerciales, de las personas. Repite la lucha de las numerosas firmas mercantiles pequeñas contra una gran combinación singular. En cualquier campo, cualquiera que sea la cuestión última —y al final prevalecerá lo múltiple—, el resultado inmediato es que la fuerza concentrada preponderante se sale con la suya por un periodo tal que puede por ello volverse una amenaza grande o innecesaria.²³

La ambigua simpatía de Mahan hacia lo plural y antimonopolista se entredice no sólo por el peso de la Razón de Estado: el recurso (¿compensatorio?) a la corporación no hace sino complementar e incrementar la efectividad de la “fuerza concentrada preponderante” que, saliéndose con la suya, imprime al proceso internacional fórmulas de supervivencia y predatoriedad que hermanan a la guerra, a la industria y el comercio. El último realismo mahaniano de los grandes directorios corporativo-nacionales apenas contrastados por “las fuerzas morales abultadas bajo el nombre de ‘opinión pública’”, asesta también un golpe ideológico de gracia a la vieja asunción liberal de la beneficencia universal del capitalismo. De aquí que, cinco años después, el joven Walter Lippmann acuda al rescate deslindando las esferas de la corporación y el Estado, visualizando modernamente la diplomacia más como un *bargaining of groups* que como una colisión de voluntades nacionales enunciada “en teorías magníficas e indefinidas de la política mundial” y operativizada “en la grandiosa estrategia de la diplomacia internacional”. “La propuesta abogada en este libro”, puntualiza Lippmann sobre *The Stakes of Diplomacy*, “es que el control internacional debe transformarse en un gobierno internacional local con poder para legislar y responsabilizar a sus funcionarios administrativos”. Que la turbia diplomacia estatal del *fait accompli* ceda ahora su lugar a la *day-to-day* empresarial. “Las realidades de la diplomacia que hoy se esconden bajo una nube de frases ambiguas y emoción primitiva se pondrán en claro”, vaticina Lippmann.

La falsa unidad del nacionalismo será superada por los hechos complejos acerca de los cuales los hombres diferirán y arguirán. Y porque la gente difiere, su sentido de soberanía debe disminuir; su aislamiento tras las fronteras debe desaparecer. Los acuerdos y los desacuerdos traspasarán las fronteras.²⁴

²³ Cfr., de Mahan, A. T., D.C.L., LL.D., “The Military Rule of Obedience” (publ. en marzo de 1902), en *Retrospect and Prospect*, p. 279, y *The Interest of America in International Conditions*, pp. 40 y 41.

²⁴ Lippman, Walter, *The Stakes of Diplomacy*, pp. 152, 155 y 194 y 195.

La celebración lippmanniana del pluralismo internacional potencia el “arte creativo de Estado” vislumbrado ya en 1913 en planos más profundos que los de “los partidos y las legislaturas”. Una sociedad que se dibujaba “como un combinado de fuerzas en cambio continuo”, magnetizable sorelianamente en función de los mitos, se presta en 1915, al tono de Charles Beard, a la organización en función de los intereses empresariales que preparan la democratización y cientifización de la política exterior. Sin rango de panacea, la “unidad del autointerés” que forja a la *nation-building* norteamericana aporta a la *international-building* lippmanniana “un método y los comienzos de una técnica” que lo mismo desbancan “una coalición de intereses aristocráticos, militares, burocráticos y explotadores” que las “ficciones puras” de la “voluntad”, la “inteligencia” o la “voz” del pueblo traducidas en inercia masiva e incapacidad negociadora. Para que los *intereses especiales* sean internacionalmente constructivos será menester que sean *business interests*, *intereses económicos unificadores*. “Sólo los grupos comparativamente pequeños en unas cuantas naciones tienen mucho que ganar con la agresión imperial de viejo cuño”, sostiene Lippmann: borrar el siniestro trinomio de los enormes riesgos, las ganancias exorbitantes y la inseguridad general y sustituirlo por la estabilidad/administrabilidad/controlabilidad de los países atrasados atraería “el interés de la gran masa de empresarios pacíficos”. “Abriéndose a los negocios conservadores”, concluye Lippmann, “las relaciones exteriores han de volverse el interés de un grupo mucho mayor de gente. *Me parece que ésta es la condición única bajo la cual ocurrirá la democratización real de la diplomacia. Ampliad el grupo directamente interesado en los juegos de la diplomacia: a ello se seguirá su atención y su actividad*”.²⁵

Amplificar el interés, diluir “la misteriosa petulancia de la diplomacia”, normalizar el comercio y las inversiones extranjeras: el método, dirá Lippmann, “no puede aplicarse a dos Estados soberanos o a dos clases en conflicto, cada uno enarbolando pretensiones de soberanía. Antes de que las gentes puedan actuar políticamente en conjunto”, añade, “tienen que demoler la frontera de la soberanía y fusionarse en alguna clase mayor de unión. Su patriotismo fundamental ha de incluir al grupo entero del cual sus oponentes forman parte. Los opositores políticos han de tener una lealtad común si van a ajustar sus diferencias mediante métodos políticos”. Invocar empero una *humanidad* que, “al percatarse de sus intereses” reduce sus fronteras a divisiones administrativas donde la autonomía local protege “los aspectos más saludables del nacionalismo”, o una *lealtad* anhelante de “una autoridad que le proporcione seguridad y progreso y oportunidad”, o una *organización mundial* que logre “brindar protección y producir una prosperidad como la que el Estado nacional no puede producir”, jamás alienta en Lippmann una mundialización

²⁵ *Ibid.*, pp. 135 y 186 a 188.

indiscriminadamente abierta del interés ni invita a una suerte de capitalismo popular internacional. La *interessenlehre* lippmanniana y sus nuevas lealtades suprasoberanas no rebasa la socialización del imperialismo bajo líneas nacionales que operan como el eje último de las lealtades empresariales. Cien páginas atrás de la propuesta pluralista, su panorámica es virtualmente mahániana:

en el mundo de hoy no hay más que ocho potencias que realmente cuentan, la Gran Bretaña, Francia, Rusia, Italia, Alemania, Austria-Hungría, Japón y los Estados Unidos. Cuando digo que 'cuentan', quiero decir que la fuerza efectiva del mundo está en sus manos y que la decisión de los asuntos mundiales les corresponde a ellas. Las demás naciones giran en la órbita de las Grandes Potencias. Siguen, pero no dirigen. América Central no puede tener política exterior sin consultar a los Estados Unidos.²⁶

Extraña paradoja esa en que la hegemonía de las grandes potencias comerciales promueve, al mundializarse, la democratización de las relaciones internacionales. Y es que la astucia pos-smithiana del interés impone al interior mismo de aquéllas una lógica elitista que mal se lleva con la democracia y equívocamente embona con el pluralismo. Si la publicidad democrática queda como enjuiciadora de los dirigentes y neutralizadora de los intereses excedidos, dúdese a la inversa de su operatividad-racionalidad y su adecuación al "verdadero internacionalismo del comercio". "Hay algunas dificultades técnicas en el camino del control democrático de los asuntos exteriores", parece deplorar Lippmann casi al final de su libro de 1915. "La principal es la congestión de negocios en todos los cuerpos legislativos". Pero no todo se reduce a la eficiencia deliberativa de la democracia. Aunque allí alardee Lippmann de la sublimación norteamericana de la fuerza. "Hacemos mediante elecciones lo que los Estados soberanos hacen mediante la guerra" —, la propia tecnificación de la guerra (la submarina entonces), le hacía precaverse desde las primeras páginas contra la universalización del electoralismo norteamericano como ajustador internacional. "Para nuestra sorpresa y humillación", declaraba Lippmann, "algunos de nosotros descubrimos que nuestro deseo de paz y nuestra fe en las instituciones democráticas entraban en conflicto. Teníamos que escoger entre ambos y, si hemos ganado la paz, ello porque abandonamos la pretensión de que el pueblo pudiera controlar sus relaciones exteriores de cualquier manera positiva". "Pero fue ese estremecedor salvamiento", y Lippmann alude a las peripecias del Woodrow Wilson pacifista, "el que nos obliga a aclarar, por respeto a nosotros mismos, lo que significa el descubri-

²⁶ *Ibid.*, pp. 216, 179 y 82.

miento de que, *en la cuestión de nuestra existencia nacional, no somos un pueblo que se autogobierna*".²⁷

A las incompatibilidades democráticas de la nueva diplomacia se suma en Lippmann la "complejidad de motivo" que el pluralismo inserta en la vida internacional. Una cosa es postular que el interés nacional derive del sopesar los intereses particulares y otra lo es el constatar sus contradicciones empíricas. "El libre comercio puede favorecer la prosperidad de las masas", reflexiona en algún punto Lippmann, "pero los aranceles, los descuentos y los monopolios crean millonarios". Si el interés nacional determinado por la "unidad sumisa" introduce distorsiones, otro tanto sucede al dejar sueltos los intereses concurrentes: ni siquiera el "programa imperial" norteamericano alinea unitariamente los intereses diplomáticos, militares, burocráticos, financieros, comerciales, religiosos, "intelectuales" y populares. Puesto que cada uno de los "grupos interesados" puede controlar por su cuenta la opinión pública y, bajo los métodos modernos de la publicidad, la opinión pública es fácilmente 'educada' —apréndase del "embrollo mexicano" de 1914, cómo el disparamiento de los intereses, trastoca las intenciones y las obras del Wilson que vira del moralismo al militarismo, de los reclamos senatoriales a los empresariales. El retiro de las tropas de ocupación de Veracruz documenta los asincronismos: "Mr. Wilson deseaba establecer el autogobierno en México: lo deja en el caos". "Desde Veracruz", indica Lippmann,

aqué ejercería por lo menos un poder tangible sobre México. La toma de Veracruz podría haberse justificado al utilizarla Mr. Wilson como base para presionar hacia alguna política definida. En manos americanas, Veracruz era un enorme e impresionante hecho físico. Evacuada ahora, Veracruz constituye para México una lección objetiva de que nuestra actitud es caprichosa y sin un plan fundamental.²⁸

Plan fundamental (*underlying*): ciertamente que Lippmann ni bosqueja un "proyecto nacional" ni avala "programa imperial". Dentro del unitarismo pragmático, despeja los obstáculos y fortalece los soportes funcionales a la *lógica negocéntrica* (*¿businesscentric?*) que sirve de eje a la organización de los intereses (*stakes*) de la diplomacia. "Tenemos que afirmar el poder de nuestro gobierno para domar el poder de las corporaciones. Si nuestro gobierno permaneciera débil, los intereses especiales florecerían sin freno". Lo cual no significa confiar sin más la concertación y la civilización a la política o la filosofía. "La discusión política", escribía Lippmann en 1913, "trátase de la reaccionaria o la radical, está monótonamente confinada a unos cuantos temas.

²⁷ *Ibid.*, pp. 200, 211 y 25. Cursivas mías.

²⁸ *Ibid.*, pp. 119 y 106 (el entrecomillado a "intelectuales" es de Lippmann) y "Vera Cruz" (21 de noviembre de 1914), en *Early Writings*, pp. 10 y 11.

Es como si se impidiera que la vida social irrigara el pensamiento político”. La pretensión de obrar “justificados por el cosmos” corre la misma suerte de la trivialidad política y “la falsa unidad de los partidos”. “La función de la filosofía en tiempos de guerra”, comentará Lippmann a Oliver Wendell Holmes su almuerzo de principios de 1917, con el juvenilmente admirado Henri Bergson, “aparece confinada a hacerle visajes terribles al enemigo”. Justamente una guerra visualizada desde los primeros escritos como la nacionalizadora de la planificación, “*la única organización que está totalmente concebida*”, aguijonea en los progresivos acercamientos del pacifista Wilson al conflicto europeo la imagen lippmanniana de la tecnocratización de la política exterior. El presidente, dirá Lippmann al declararse la beligerancia norteamericana,

puede poner el negocio de movilizar a la nación en manos de expertos: sería un desperdicio dejar que le engulla la multitud de detalles que afrontará. Con el ánimo actual del país, nada tiene que concederles a las maquinarias del partido. Puede escoger a sus hombres sin considerar a los políticos. Sólo tiene que declarar públicamente que las necesidades de la nación demandan el mejor servicio disponible y la opinión pública se las verá con las pretensiones del Congreso o de cualquier interés especial por trastornar o listar al gobierno.²⁹

¿Premonición o promoción personal? Más la segunda que la primera. Cuando Lippmann escribe, los preparativos para la guerra eran ya evidentes a pesar de las alegaciones pacifistas de Wilson en las elecciones presidenciales de 1916. Antes de ellas se levantaban inventarios industriales a lo largo y ancho del país y se formaban comisiones y consejos militares: no es entonces sorpresiva la creación, a mediados de 1917 y presidida por el talentoso especulador financiero Bernard Mannes Baruch, de la Junta de Industrias de Guerra (*War Industries Board*) —“lo más cercano a un Ministerio de Municiones creable sin legislación, y nadie estaba de humor el verano pasado para imprimir al Congreso el suficiente movimiento para pedirle un nuevo Departamento”. “Los hechos son ahora nuestros amos”, declara Wilson al empresario nacional al apuntar la creación de la Junta y plantear la disociación entre “patriotismo y ganancias”; germen del Complejo Industrial-Militar norteamericano, Baruch la proyectará luego como el “esqueleto organizativo para tiempos de paz”.³⁰ A Lippmann le toca empero perfilar desde principios de marzo el realismo colectivista liberal que se prepara. “En Europa”, señala,

²⁹ Cfr., de Lippmann, Walter, *The Stakes of Diplomacy*, p. 221, *A Preface to Politics*, p. 189, Carta a Oliver Wendell Holmes, Jr., del 21 de febrero de 1917, en *Public Philosopher*, pp. 62 y 63, “Force and Ideas” (7 de noviembre de 1914), en *Early Writings*, p. 4, cursivas mías, y “The Great Decision” (7 de abril de 1917), en *ibid.*, p. 83.

³⁰ Cfr., Lippmann, Walter, Carta a Maurice S. Amos del 5 de noviembre de 1917, en *Public Philosopher*,

la tarea de las democracias consistirá en capturar las vastas maquinarias socialistas y operarlas para la paz de la democracia. En América, hablando de grandes rasgos, la tarea consiste en crear el colectivismo administrativo y, al mismo tiempo, fortalecer y clarificar el control popular. El que Europa ha establecido es un colectivismo siniestro. Está dominado por una clase y operado principalmente por una burocracia. Tiene escaso respeto por la libertad: funciona mediante el miedo y la compulsión. Deberemos establecer en gran medida la misma maquinaria y preservar a la vez el espíritu y el propósito del liberalismo.³¹

No asombre el que Lippmann engarce de maravilla en el “esfuerzo cooperativo” del círculo de los mejores y más brillantes jóvenes que asisten al Secretario de Guerra Newton D. Baker. Su singular título de *público* legitima que allí medie entre el propio Departamento de Guerra y el gremialismo de Samuel Gompers para “mantener la paz industrial en la industria de guerra”. Su título real de *war intellectual* (Randolph Bourne) hará pronto que Edward M. House, eminencia texana gris de Wilson, lo incorpore al correlato industrial de la Junta de Industrias de Guerra, el equipo ambiguamente denominado *The Inquiry* que prepara las condiciones de la próxima “paz científica” en Europa. House, autor anónimo en 1912 de la novela política *Philip Dru: Administrator* en la que boceta la dictadura ilustrada, pospartidista y anglocentrista del Progresivismo, ceja entonces en su forcejeo contra las “cualidades negativas” del electoralismo norteamericano que, “(como lo apunté en ‘Philip Dru’)”, debilitan en tiempos de conflicto y se acerca a las comunidades universitarias (Harvard, Columbia, Yale o Chicago) y liberal (*The New Republic*) para programar la *management* del pluriverso nacional, regional y étnico europeo. *Think Tank* precursor, *The Inquiry* prepara en la confluencia de especialistas en geografía, historia, politología, economía, psicología y antropología, y a veces a contracorriente del Departamento de Estado, lo que serán los 14 Puntos de Wilson: su organigrama reclama por ello a quien vislumbra para la ciencia la adjudicación del territorio de las viejas nociones del Interés Nacional, el Prestigio, el Honor o el Patriotismo. “El trabajo que delineáis”, escribe Lippmann a House aceptando la secretaría general del grupo, “es exactamente el que había soñado desde el mismísimo principio de la guerra, pero soñándolo como algo fuera del alcance”.³²

p. 77, Wilson, Woodrow, Discurso (An Appeal to the Business Interests) del 11 de julio de 1917, en Wilson, Woodrow, *In Our First Year of War. Messages and Addresses to the Congress and the People, March 5, 1917, to January 8, 1918*, Harper & Brothers Publishers, New York and London, 1918, p. 77, y Baruch, Bernard M., Informe al Presidente Woodrow Wilson (24 de diciembre de 1919), en *American Industry in the War. A Report of the War Industries Board* (March, 1921), by Bernard M. Baruch, Chairman, New York, Prentice-Hall, Inc., 1941, p. 7.

³¹ Lippmann, Walter, “In the Next Four Years” (3 de marzo de 1917), en *Early Writings*, p. 149.

³² Ver House, Edward M., escrito del 19 de octubre de 1916, en el tomo II de *The Intimate Papers of*

Que la utopía geopolítica del liberalismo corporativo norteamericano invoque a la ingeniería nacional no evita que sus diseños y objetivos coincidan sustantivamente con los del imperialismo precientífico. Sus visiones y sectorializaciones, sus compilaciones factuales, gráficas o numéricas operativizan no más que los viejos principios doctrinales de la libertad de los mares o la Doctrina Monroe a la lente del taylorismo global. Su ritmo mismo de estudio “sosegado y desinteresado” se acelera o precipita al margen de ambos atributos. A fines de octubre de 1917, Lippmann declara que “estamos comenzando al nivel académico, simplemente reuniendo mapas, el material estadístico general, el material y las referencias históricas evidentes, etc., etc.: el papeleo del trabajo”; sea por la prisa, la impaciencia o la calidad del más de un centenar y medio de investigadores, Lippmann insta a House a mediados de mayo de 1918, para que el gobierno cree ya entonces “una comisión confidencial para la planificación científica de la reconstrucción”. Si los intelectuales sin comillas renuncian a la perspectiva totalista, no por ello se reducen en Lippmann a meros intermediarios técnicos entre lo público y lo privado. Ciertamente que, como toda organización, la intelectual-estratégica requiere de jerarquías y confía los ensamblajes finales a sus “grandes hombres”; cierto también que a éstos se les confiere una dignidad lippmanniana ideológicamente superior a la de los “personajes prominentes” que representan a los intereses particulares. “Sin la menor duda”, añade a House, “antes de que se adopte cualquier acción sobre cualquier cosa, debe consultarse a los representantes de los diversos grupos; pero ellos, en mi opinión, *no deben entrar hasta que un equipo de expertos con simpatías liberales haya contado como con seis meses de libertad para explorar los diferentes temas*”.³³

Para octubre de 1918, el distanciamiento de *The Inquiry* de los asuntos inmediatos inquieta a Lippmann tanto como su provincialismo operativo e intelectual. “Es innegable”, evalúa en un memorándum a House, “que aquél ha obtenido una cierta objetividad, pero ha llegado el tiempo de que nos preguntemos si la *Inquiry* no está ahora en peligro de volverse demasiado académica y sin relación con los modos europeos de pensamiento”. Llanamente, el pragmatismo de Lippmann recomienda mudarse a Europa, recolectar allí la “información reciente” y establecer los contactos debidos: “los miembros del *staff* de *The Inquiry* necesitan relacionarse personalmente con los hombres que en Inglaterra, Francia y dondequiera serán sus contrapartes en la Conferencia de la Paz”. Empero, no pasa siquiera una quincena de días y ya el triunfo de la

Colonel House, Arranged as a Narrative by Charles Seymour, Houghton Mifflin Company, Boston and New York, 1926, pp. 378 y 379, y Lippmann, Walter, Carta a Edward M. House del 24 de septiembre de 1917, en *Public Philosopher*, p. 72.

³³ Lippmann, Walter, Cartas a Felix Frankfurter del 30 de octubre de 1917 y a Edward M. House del 11 de mayo de 1918, en *Public Philosopher*, pp. 76 y 90-91. *Cursivas mías*.

ciencia aparece deslumbrantemente a las puertas: la Gran Bretaña y Francia anuncian que se adherirán al pretratado de armisticio con Alemania diseñado por Wilson y sus expertos. Premuras que se disipan, euforias que se anticipan. “Debo escribirle esta mañana”, explica Lippmann a House el 7 de noviembre de 1918,

porque posiblemente no podría decirle en persona qué cosa tan inmensa habéis logrado. Con franqueza, no creía que fuera humanamente viable, bajo las condiciones que parecen prevalecer en Europa, el alcanzar una victoria tan gloriosa. Ello constituye la culminación de una línea de conducta que ha sido tan sabia como brillante, tan sagaz como profética. El Presidente y Usted han más que justificado la fe de aquellos que insistieron en que vuestro liderazgo representaba un viraje decisivo (*turning point*) en la historia moderna. Nadie podrá jamás agradeceréoslo adecuadamente.³⁴

³⁴ Lippmann, Walter, Memorándum sobre *The Inquiry* del 26 de octubre de 1918 y Carta, también a Edward M. House, del 7 de noviembre de 1918, en *ibid.*, pp. 95-96 y 107-108.